



*El arte de caminar*, textos de Henry David Thoreau, edición de Antonio Casado da Rocha, prólogo de José Antonio Pérez, Proyecto Natur, Ediciones Local·Global, Barcelona, 2009, 139 pp. ISBN 978-84-936832-4-5.

**E**MERSON achacó a Thoreau la falta de la contradicción ilimitada, que no sería sólo un rango de estilo común a los trascendentalistas, sino una forma de vivir deliberadamente. Así, podríamos decir que hay dos maneras de entender al autor de *Walden*: como si fuera un *azad* —el religioso independiente y hombre libre que se identifica con el ciprés, con la permanencia y la morada y el habitar, del que *Walden* es la expresión más lograda (véase el final del primer capítulo)— o como si fuera un *saunterer*, un peregrino camino de Tierra Santa. Naturalmente, la contradicción ilimitada no sería una falta si ambas caracterizaciones no fueran intercambiables: el *saunterer* es también un “habitante de la naturaleza” y *Walden* un verdadero libro de viajes, el relato de quien ha vivido en una tierra lejana y vuelve de los bosques por una razón tan buena como la que le llevó allí. Entre todos los textos de Thoreau, ‘Caminar’ es el que mejor comunica la idea de una domesticación de la cultura: con esta acepción, *sauntering* provendría de *sans terre*, sin tierra ni hogar, y el *saunterer* se encontraría en todas partes como en su propia casa.

*El arte de caminar* recoge, en una cuidada edición de Antonio Casado da Rocha, el ensayo de Thoreau ‘Walking’, que apareció póstumamente en 1862, y una selección de fragmentos relacionados de su diario. Tanto el editor como la editorial acentúan la interpretación ecologista de Thoreau, que constituye, sin duda, una de las más legítimas, aunque no la única, y que corre el riesgo cada vez mayor de ideologizarse, algo que habría inquietado a su autor. (Hace poco, se publicó ‘Desobediencia civil’ en una colección de “pensamiento utópico” que incluía a autores como Lenin...) Como lector habitual y traductor ocasional de Thoreau me siento agradecido por esta edición: cualquier pretexto es bueno para leer a Thoreau por primera vez o volverlo a leer. Sin embargo, querría llevar un poco más allá mi lectura y practicar la contradicción ilimitada para sugerir que, en “el pensamiento salvaje” de Thoreau —por emplear una frase que aparece en su diario, pero que Thoreau no trasladó nunca a la escritura de *Walden*—, tan importante es la “ecología” (una palabra que empezaría a usarse poco después de la muerte de Thoreau) como lo que podríamos llamar la “ecología de la cultura”, la preocupación por la adquisición, la conservación y la transmisión de una sabiduría humana. La lectura de Thoreau puede ser una excelente introducción al *environmental writing* —para muchos la única aportación genuina de la literatura americana a la literatura universal—, pero también puede ser una extraordinaria introducción a la filosofía. En este sentido, el pasaje clave de ‘Caminar’ es el siguiente: “Mi deseo de conocimiento es intermitente, pero mi deseo de lavar mi cabeza en atmósferas desconocidas para mis pies es perenne y constante. A lo más alto que podemos aspirar no es al conocimiento, sino a la armonía con la inteligencia [*Sympathy with Intelligence*]. No conozco nada más definido hacia lo que ese conocimiento superior apunte que una sorpresa grande y nueva debida a una repentina revelación de la insuficiencia de todo lo que llamábamos conoci-



miento: el descubrimiento de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que soñaba nuestra filosofía” (pp. 97 y 126, notas 131, 132 y 133; he modificado ligeramente la traducción y subsanado la omisión de la primera frase).

Si Thoreau era a la vez un *azad* y un *saunterer*, podríamos decir que la comparación habitual con san Francisco es insuficiente y que habría que añadir que el franciscanismo de Thoreau, como el franciscanismo de san Francisco, fue el inicio de una auténtica renovación filosófica.

**Antonio Lastra**